

que es el *barrio*; no el barrio administrativamente delimitado y que corresponde, por ejemplo, a un "arrondissement" de París, fórmula casi tan abstracta como la de la gran aglomeración urbana en la escala de nuestros ejemplos, o realidad que, a consecuencia de la *multiplicidad* de formas de habitat, de los niveles de vida, de los géneros de vida, de los climas y las atmósferas y, eventualmente, de los re-agrupamientos étnicos y religiosos, de las especializaciones funcionales, etc..., *multiplicidad inherente a cada "arrondissement"*, es algo que no existe en sí, que no constituye un medio, que no existe sino en su multiplicidad y constituyendo un número X de medios diversos. No nos parece que esa unidad urbana sea y deba ser este barrio, esta forma abstracta del barrio, sino *el conjunto de los espacios en que el hombre es llevado por su existencia concreta cotidiana a satisfacer sus necesidades y a ejercer su actividad*. Y ahí, sea cual fuere la superficie de ello, y una superficie no abstracta sino vivida, nos parece que las posibilidades de ruptura con un eventual aislamiento son de tal modo numerosas y multiformes que es imposible que las *ocasiones* —en el sentido ya precisado— no saquen por sí mismas —don gracioso de la ciudad— al aislado del entorpecimiento o de la indolencia y no le obliguen a ser algo distinto de una pieza muerta y yuxtapuesta a otras, en la población total. Desde este ángulo, el diámetro de aislamiento del hombre —y en esto estriba la fuente de ilusiones del aislamiento generalmente admitido como vinculado a la gran aglomeración urbana— es inmenso, pero corresponde a un espacio en el que no vive, y no tiene más incidencia sobre él que la que podría tener un país desconocido o, por lo menos, tiene las mismas incidencias que puede tener un país desconocido y, por lo mismo, pleno de novedades y de atractivos.

¿Por qué hemos dicho *por lo menos* barrios populares? Porque nuestros ejemplos y, en parte, nuestro razonamiento expreso hasta el momento, se refieren a los barrios populares, y porque los barrios no populares o las personas que pertenecen a otras capas y eventualmente a otras clases distintas de las capas y las clases populares presentan a la observación resultados distintos de los que acabamos de señalar a lo largo de estas páginas, pero que no nos parece que *impongan* mucho más un aislamiento, pudiendo entonces o bien ponerse en duda el supuesto aislamiento, o bien relacionarlo con la *actitud de clase* de estas personas, cosa que quisiéramos mostrar brevemente.

Hemos examinado desde el principio —y nuestra localización geográfica inicial lo indica suficientemente— una zona popular en el seno de la cual se elevan islotes de habitaciones no populares y, por tanto, elementos más o menos burgueses de población. Hemos visto que, en el conjunto de la población de origen y de composición populares —no decimos proletarias, pues precisa que se unan a esta parte proletaria de la población de la zona estudiada ciertos

elementos de carácter pequeño-burgués, fundiéndose todo esto, en cuanto a comportamiento en lo que denominamos popular—, hay una *necesidad* indudable —y necesidad en sentido filosófico: "aquello que no puede ser"— *de establecer relaciones exteriores*. No parece que exista en ese conjunto una resistencia, en todo caso, a estas relaciones que la gran aglomeración urbana ofrece de los modos más diversos, sino que existe más bien, a lo que parece, una resistencia *al aislamiento*. No hablamos de un imposible aislamiento material que las mismas necesidades de la vida contrarían incesantemente: relaciones profesionales, relaciones económico-domésticas de compra, relaciones que se imponen por sí mismas pero que, con todo, no hacen cesar el aislamiento: hablamos más bien de un conjunto de relaciones *no impuestas* como las que acabamos de citar, relaciones materiales que no tienen gran importancia por lo que respecta al aislamiento por el hecho de que, en la gran aglomeración urbana y en la civilización industrial, estas relaciones están afectadas de un coeficiente más o menos grande de anonimato. Queremos hablar de relaciones simultáneamente *ofrecidas* por la ciudad y *buscadas*, voluntariamente en muchos casos e instintivamente en algunos otros, por la persona. Nos percatamos claramente de que el concepto de aislamiento está cargado de una fuerza efectiva negativa considerable que no llegaría a anular las relaciones materiales e impuestas, pero la gran aglomeración urbana ofrece ampliamente abierta una gama considerable de relaciones que son, *en sí mismas, afectivas*, de las que hemos dado algunos ejemplos y que son, de hecho, mucho más numerosas, las cuales *en cuanto afectivas* compensan positivamente, *con la única condición de que la persona no se les oponga*, la carga negativa de carácter afectivo del eventual aislamiento supuesto. Los grupos proletarios y, en sentido más amplio, los grupos populares o, mejor aún, *los medios proletarios y populares no nos parece que ofrezcan esta oposición*, sino que, por el contrario, son *extremadamente abiertos* al llamado constante que ofrece la ciudad para el establecimiento de relaciones del tipo que hemos indicado a todo lo largo de esta exposición: para ellos no existe "aislamiento moral".

En cambio, nuestras observaciones nos muestran que en las habitaciones de nivel burgués, edificadas en el seno de la zona popular, se ofrecen posibilidades de aislamiento. Se trata, en efecto, con respecto a la población, de elementos burgueses recién llegados a la zona popular, por haberse construido en este barrio popular inmuebles destinados a la clase burguesa; en conjunto, son elementos jóvenes los que habitan estos departamentos, jóvenes y, por tanto, simultáneamente maleables y sometidos aún a las concepciones familiares heredadas por estos elementos; más aún que en el caso de los elementos populares de los que hemos hablado, hay una especie de migración de un barrio a otro,



que engendra eventualmente el aislamiento tal y como ocurre en cualquier migración de tipo individual o, en ocasiones, de tipo doméstico entre campo y ciudad, o entre barrio y barrio de una gran aglomeración urbana.<sup>13</sup> A partir de entonces, se pueden presentar dos posibilidades: o bien permanecer en el marco del pensamiento tradicional y familiar heredado y, por lo tanto, *rehusar* las aperturas hacia el "des-aislamiento" que se ofrecen en el barrio y en la ciudad misma, y *rehusarlos* porque los contactos afectivos estarían situados en un medio que no es psicológicamente el propio de tales elementos aun cuando se presente geográficamente como muy próximo, o bien aceptar las oportunidades de des-aislamiento. Pero es necesario indicar que, en el primer caso, se trataría de una *retirada*, de un *rechazo*, de un *aislamiento* que *si bien no es voluntario está muy cerca de serlo*, y que no se trataría de una imposibilidad de contacto a la que la ciudad o la aglomeración urbana de gran amplitud condenaran por sí mismas. Los re-agrupamientos se realizarían entonces, quizás, entre los elementos burgueses y los inmuebles, pero siguiendo las normas burguesas, de prudencia, de duda, de conveniencia, reglas todas éstas que se han hecho instintivas y que no pueden sino frenar el "des-aislamiento" que proviene de la migración de los barrios burgueses a los barrios o a las zonas populares, re-agrupamiento que, en conjunto, sería más de conveniencia mundana que re-agrupamiento de tono afectivo, y del tono afectivo indispensable para el rechazo del aislamiento. Los vínculos afectivos han quedado en los barrios burgueses de antes de la migración, y las condiciones mismas de vida en una gran aglomeración urbana no permiten, a consecuencia de las distancias geográficas, el que se mantengan y se desarrollen estos antiguos vínculos, con lo cual *puede aparecer entonces un verdadero aislamiento*, y, en efecto, aparece a menudo, de hecho. Para los elementos burgueses que habitan las zonas populares de las grandes aglomeraciones urbanas, y singularmente de París, parece que el medio de conseguir el "des-aislamiento" consiste en una especie de "proletarización" de los comportamientos, de los pensamientos y de las costumbres. Proletarización de pensamiento que podrá ser consciente o no y cuyas únicas marcas quizás estén constituidas por los comportamientos. Sea por imitación o sea por contagio, estos elementos burgueses, proletarizados en su pensamiento, volverán a encontrar contactos, pero contactos que en sí mismos serán de forma proletaria, del tipo de los que hemos descrito al presentar las observaciones consignadas en estas notas. Hay, por ejemplo, entre las madres de familia a quienes nos hemos referido en cuanto tratamos del acompañamiento de los

<sup>13</sup> Véase, a este respecto, el curso dictado por el Prof. Émile Sicard acerca de las grandes migraciones contemporáneas, en la Escuela de Altos Estudios Sociales de París, durante el año universitario 1955-56.

niños a la escuela maternal, mujeres de origen burgués y que forman parte de los grupos que se reparten a los niños a la salida de la escuela, grupos que son más populares que burgueses, en la generalidad de los casos. Hay, asimismo, mujeres de origen burgués que tratan de re-agruparse efectivamente gracias a los anuncios o a los llamados de los semanarios femeninos de clientela más popular que burguesa. Quizás haya para ellas, en el paso a otro barrio de habitación o a consecuencia de su casamiento y en los primeros años, proletarización económica; hay, sobre todo, en el caso de estas mujeres, proletarización mental, proletarización de pensamiento que les permite responder al llamado o reclamo de contactos afectivos que les ofrece su lugar de habitación. Sin esta proletarización mental, la *resistencia al re-agrupamiento* que genera el fenómeno de aislamiento se habría afirmado con vistas a un voluntario mantenimiento de una tradición social que en tal caso aísla en razón del lugar de ejercicio de las actividades. Pero es necesario que se diga y que se afirme, según nos parece, que el aislamiento, en este caso, representa un *rechazo*, es un hecho de *resistencia*, una forma de *aislamiento voluntario*, de motivos explicables y en ciertos casos comprensibles, pero que *no es engendrado* por la gran aglomeración urbana. De este modo, *por lo menos* en las zonas populares y por lo que respecta a los elementos proletarios o populares, no hay un aislamiento fatal, necesario en el paso de la persona a la gran aglomeración urbana y, cuando, a menudo, el aislamiento se produce afectando a elementos burgueses de las zonas populares, este aislamiento es más un *rechazo de contactos afectivos* que algo que condenarle a la vida en las grandes aglomeraciones urbanas.

Siempre en el terreno de los problemas complementarios que hemos querido dilucidar antes de concluir, se presenta el problema siguiente: ¿Por qué son los *hombres* menos susceptibles de beneficiarse de las ofertas de "des-aislamiento"? Y hablamos de los hombres que pertenecen o al proletariado o a la clase burguesa o a las capas populares más o menos intermedias. Indudablemente que se ha percibido que hemos venido hablando en nuestros ejemplos casi exclusivamente de mujeres, de mujeres jóvenes, de madres jóvenes, de adolescentes, y que no hemos hablado para nada de hombres, a no ser en los casos vagos de los inquilinos de un inmueble. Y lo hemos hecho de buena gana y por la única razón siguiente: porque, en conjunto, ellos no tienen necesidad de buscar un medio de obtener el "des-aislamiento" por la razón muy simple de que *no están aislados*. Repetimos el que, con esta afirmación, nos referimos a hombres que pertenecen al proletariado o a la burguesía o a las capas populares y, en todo caso, a hombres *que no pertenecen al sub-proletariado*, para quienes es posible que se plantee el problema y de los que volveremos a ocuparnos. Proletarios o burgueses, los hombres no tienen necesidad